UNA LECCION CONYUGAL.

Juguete cómico en un acto, arreglado á la escena española por D. Ramon de Navarrete, *representado en el teatro de la Zarzuela con el título de* COMO EL PEZ EN EL AGUA.

PERSONAJES.

DON HIPÓLITO CENTELLAS.

CESÁREA, *su mujer.*

La escena es en Madrid.

El teatro representa un salon regularmente amueblado; puerta en el fondo y puertas laterales: á la derecha una gaveta ó secreter: en el fondo, á cada lado de la puerta, dos pequeños armarios de caoba, y encima de cada uno de ellos un jarron de porcelana. Brasero, banquetas y sillas.

ESCENA PRIMERA.

D. HIPÓLITO *solo.*

Al levantarse el telon, se oye un reló dar las ocho. Abrese la puerta de la izquierda y aparece D. HIPÓLITO *en traje de casa.*

Aaah! (*Bostezando.*) Aaah! (*Bostezando otra vez.*) Esta tranquilidad es mi muerte! Aaah! De todo tiene la culpa ese pícaro de Bernardo! Si él no me hubiese aconsejado mal! Y yo tambien, por qué fuí á pedirle consejo? Qué necesidad tenia yo de ir á decirle:—«Mira, chico, me proponen una novia, jóven, bonita y rica.»—Animal, me contestó, cásate á toda prisa, antes de que te la quiten!»—Y me casé.—Insigne barbaridad!—No es que mi cónyuge sea mala; todo lo contrario; es demasiado buena. Pero es tan vulgar, tan prosáica, tan á la pata la llana! No tiene iniciativa, ni voluntad propia, ni... En fin, no me he casado con una mujer, sino con un cordero! Ay, si las cosas se hicieran dos veces! Si yo viviese en Inglaterra, donde está autorizado el divorcio... ó en Turquía, donde cambia uno de esposa cuando se le antoja!... Pero aquí en España, no hay mas remedio que vivir encadenado... hasta que la cadena se rompe con la muerte!—Cesárea, mi cara mitad, tiene una salud de bronce... como todos los séres de su especie. Sí: antes me moriré yo que ella; yo que me repudro y me quemo la sangre con su calma inalterable, con su insoportable dulzura y con su fastidiosa amabilidad. (*Pausa.*) Todos mis amigos son mas venturosos que yo! Qué mujer la de Dionisio! Aquella es capaz de entusiasmar al hombre menos entusiasta! Sentimental, patética, apasionada, escribe novelas que espeluznan, y versos que hacen derramar lágrimas! Pues y Carolina, la mujer de Teodoro?—Es verdad que tira el dinero, que gasta una fortuna en trajes, y en moños... pero, qué elegante, qué coquetilla es! Despues monta á caballo como una amazona del Circo Olímpico. Divina, deliciosa, inimitable! Otra que tambien me encanta es Adela. Tiene un genio como un demonio; es mas celosa que un tigre; pero en cambio idolatra á su marido! Noches pasadas, en el café de la Iberia, armó un escándalo espantoso; y por qué? Porque se le figuró que su marido miraba á una rubia que estaba refrescando á su lado. Adela se levanta, le insulta, le tira el vaso á la cabeza, le pellizca y le muerde... y luego, el consabido ataque de nervios, lágrimas, gritos que se oian desde el salon del Prado... doscientas personas paradas á la puerta del café! Oh! Si yo fuese amado de ese modo! Qué felicidad! Mi tipo seria una hembra así! No digo nada de Elisa, la mujer de Bernardo, morena, de sangre viva, de pasiones violentas... Bernardo ha impedido diez ó doce veces que se mate, y ella lleva siempre una caja de fósforos en el bolsillo.—No hay miedo de que Cesárea los emplee nunca sino para encender luces! Cuánto recuerdo mi vida de soltero! (*Mirando en torno suyo y yendo á sentarse delante del secreter.*) A propósito, estoy solo, y esta es la ocasion de añadir un párrafo al diario de mi vida. (*Saca una llave del bolsillo, abre el secreter, toma un manuscrito y se pone á escribir hablando al mismo tiempo.*) Qué existencia tan triste! Ni una sola emocion! Nada! Ni una pulsacion siquiera! Un lago sereno y tranquilo! Cuánto daria yo por una tempestad! Dentro de un instante saldrá mi mujer de su cuarto, muy peinadita y muy arregladita, y me dirá con una voz melíflua: «Buenos dias, pichoncito mio. Has dormido bien? Quieres almorzar? He aquí mi vida hace seis meses! Esto es insoportable! Esto es un infierno! Alguien viene! (*Encierra precipitadamente el manuscrito en el secreter y guarda la llave en el bolsillo.*)

ESCENA II.

CESÁREA, HIPÓLITO.

CES. (*En traje de mañana.*) Buenos dias...

HIP. (La retaila de ordenanza.)

CES. Buenos dias, pichoncito mio. Has dormido bien? Quieres almorzar?

HIP. (No falta ni una letra!)

CES. A que no sabes quién va á servir hoy el almuerzo á mi Hipólito? Pues es su mujercita.

HIP. Toma, y la criada?

CES. Hoy es S. Eugenio, y me ha pedido permiso para ir á pasar el dia con su tia en el Pardo.

HIP. En el Pardo, en un pueblo donde siempre hay tropa! Estoy seguro de que su tia forma parte de algun regimiento del ejército español.

CES. Qué, temes que yo te sirva mal? No tengas cuidado: Juana lo ha dejado todo hecho antes de marcharse. Ya ves que hay un buen brasero.

HIP. Sí, sí.

CES. Tienes para almorzar chuletas de ternera, jamon en dulce, queso, pasteles y aquel vinillo de Cariñena que te pone tan alegre. Conque, te gusta todo? Voy á buscar la mesita para que almuerces ahí, junto á la lumbre.

HIP. (*Un momento solo.*) Esta es mi vida hace seis meses: como, bebo y duermo! Es menester salir de este limbo!

CES. (*Vuelve á aparecer con una mesita donde está colocado el almuerzo.*) Ajajá, aquí está el piscolabis.

HIP. (*Acercándose á la mesa y gritando.*) Jesus! Qué chuletas!

CES. Como las quieres poco pasadas...

HIP. Pero si estas están crudas, chorreando sangre! Acaso como yo la carne cruda? Creen por ventura que soy el leon del Retiro?

CES. Vamos, sosiégate, pichon mio. Voy á ponerlas otra vez sobre las parrillas, mientras te vistes.

HIP. En efecto, tengo que vestirme para ir á misa. (Qué existencia tan horrible!)

CES. Pues despáchate, porque van á tocar para la de nueve.

HIP. Si no llego á la de nueve, iré á la de diez. No tengo prisa ninguna. Conque vamos á vestirnos, ya que en esta pícara vida es menester vestirse tambien.

CES. Anda, hijo mio; vete á vestir; mientras yo lo arreglaré todo para que mi pobrecito Hipólito almuerce perfectamente. (*Pone las chuletas sobre las parrillas, y estas en el brasero.*)

HIP. (*Aparte marchándose*) Cuándo saldré yo de este infierno!

ESCENA III.

CESÁREA, *sola.—Mira si Hipólito se ha marchado, y luego saca del bolsillo una segunda llave del secreter, abre este, y toma el diario de su marido.*

Voy á ver si el pícaro ha añadido algo. (*ojeando el manuscrito.*) «Carolina... Adela...» Todo esto es antiguo! Hola! Aquí hay cosa nueva! (*leyendo.*) «Cargue el demonio con mi amigo Bernardo, autor de mi casamiento.» Soy de la mismísima opinion, seo majadero. (*leyendo*) «Cesárea no es fea, pero carece de vida, de animacion, de talento; es una bonita muñeca: nada mas que una muñeca.»—Bribon! Con que no soy mas que una muñeca? (*continuando.*) «Mi existencia es un lago sereno y tranquilo! Cuánto daria yo por una tempestad!»—Y yo que amaba á este hombre! (*Vuelve á guardar el manuscrito, cierra el secreter y se mete la llave en el bolsillo.*) Te gustan mujeres sentimentales, celosas y apasionadas? Pues bien, te las daremos, te las daremos, y ya verás. Aaah! Quieres tempestades y tormentas? Entonces, prepárate, porque pronto empezarán.

ESCENA IV.

CESÁREA, HIPÓLITO *vestido ya.*

HIP. (*Aparte al salir.*) (La camisa desdobladita sobre la cama, con los botones puestos en los puños; la corbata junto, la levita bien cepillada encima de una silla... Comprendo el suicidio!) Diantre! Cómo huele á quemado! (*sentándose á la mesa.*) Vamos, vengan las chuletas.

CES. (*Se levanta, las quita de las parrillas, y las pone en un plato.*) Aquí están, bien mio.

HIP. Pero qué es esto, santo cielo?

CES. Como las querias algo mas pasadas...

HIP. Algo mas pasadas! Si las has hecho carbon!

CES. (*tomando poco á poco el tono poético.*) En efecto, si... Qué quieres? La vida es una horrible prueba!... (*Hipólito levanta la cabeza.*) Dícese una á sí misma: tengo veinte años; el cielo está estrellado; la existencia es dulce; los pájaros cantan...

HIP. (Qué le ha dado?)

CES. Las flores, los perfumes, todo, todo... Hipólito, crees en la inmortalidad del alma?

HIP. (Si se habrá vuelto loca?)

CES. (*con entusiasmo*) Oh! El paraiso de las almas! No ser mas que un blanco vapor, un humo ligero, y volar en lo infinito... como las golondrinas...

HIP. (Estará soñando?)

CES. No tener que decir: «vamos á comprar hilos y sedas: hagamos la cuenta de la lavandera;» No tener que decir: «El pan ha subido un cuarto»... No comer, no dormir; ser un espíritu en fin, volar por los espacios etéreos, hé ahí mi bello ideal!

HIP. Dios mio! Será sonámbula?

CES. Hipólito, cómo se llama ese pájaro que tiene las alas azules?

HIP. El loro?

CES. No, no; habita en los bosques sombrios, donde no penetra nunca la luz del sol...

HIP. Ah! El buho! Y por qué me lo preguntas?

CES. Hipólito!

HIP. (*qué empezaba á almorzar.*) Hija mia?

CES. (*sentándose en un sofá.*) Ven aquí, á mi lado.

HIP. (*obedeciendo.*) Qué quieres? (Pues señor, esto no es natural.) (*sentándose á su lado.*)

CES. Sí, deja que mi cabeza descanse sobre tu pecho, y que cuente los latidos de tu corazon. Te acuerdas, amór mio, de los ocho dias que pasamos en Alicante?

HIP. Sí, sí.

CES. Y de nuestro paseo por la mar?

HIP. Sí. Cáspita! Y cuánto me mareé! Pero que tiene que ver eso con?..

CES. El mar, abismo sombrío, inmenso; á lo lejos el sol escondiéndose entre nubes de oro y púrpura; despues, en el horizonte, las blancas velas que se alejan... A dónde van los marineros?

HIP. Vaya usted á averiguarlo!

CES. Dime, Hipólito; si me perdieses, te volverías á casar?

HIP. (*Ap. levantándose.*) Qué conversacion tan desor-

denada! (*alto.*) Mujer, eso no se pregunta nunca!

CES. Cómo se llama ese pájaro que tiene las alas tan grandes?

HIP. (Vaya! Tiene la cabeza á pájaros!)

CES. (*levantándose.*) Qué cosa tan rara es la vida, Hipólito!

HIP. (*estallando.*) Cesárea, qué significa esto? Me estás embromando?

CES. Ah! Cuánto padezco!

HIP. (*inquieto.*) Cómo! Padeces?

CES. Debo tener algo roto! (*intenta toser.*)

HIP. Dónde, dónde, hija mia?

CES. Aquí, en el pecho. Y qué me importa? La vida es una carga! Hum! hum! No vés como toso? (*se sienta.*)

HIP. (*sentándose á su lado.*) Llamaremos al médico.

CES. Médicos! Ya no tengo remedio. Pero tranquilízate, bien mio: dejo todos mis asuntos arreglados. Toma, toma el libro de la cuenta, y léelo. (*Lo saca del bolsillo y se lo dá.*)

HIP. Para qué? Ya sé que eres mujer de órden... demasiado, quizás demasiado.

CES. Lee, te digo. Lo deseo.

HIP. Si lo deseas, vamos allá. (*ap. tocándose la frente.*) Aquí es donde tú tienes algo descompuesto! (*leyendo.*) Dia 5: un manojo de rábanos.—Dia 6: un pollo.—Dia 7: un caballo. (*gritando.*) Cómo! Un caballo!

CES. Inglés, querido mio, inglés! Ha sido una ganga.—Continúa.

HIP. Dia 8: Pimienta, latigo, silla y arneses.—Silla y arneses!

CES. Quieres que monte en pelo como las amazonas del Circo del Príncipe Alfonso?

HIP. (*tirando el libro.*) Lo que quiero es, que no montes de ningun modo.

CES. (*levantándose.*) Es imposible! Mis últimos instantes deben ser embellecidos por fiestas, por la música, por toda clase de placeres! Quiero bailar, quiero divertirme, quiero gozar! Cada dia un vestido nuevo; cada dia joyas, brillantes, encajes! Espera, espera! (*corre á abrir el armario que está á la derecha.*)

HIP. (No comprendo una palabra! Nunca la he visto así.) (*mirándola.*) Qué es eso?

CES. (*sacando del armario los objetos que nombra.*) Esto? Es mi sombrero! (*se lo pone.*)

HIP. Un sombrero como los que llevan esas mujeres que andan de noche por las calles!

CES. Esto es mi látigo, estos son polvos de arroz!

HIP. Cielo santo! Tambien se pinta!

CES. Tranquilízate: todo lo he tomado fiado, todo lo debo.—Este es mi traje de montar. Voy á probármelo. (*se lo pone.*)

HIP. Es una locura completa!

CES. (Número 2: la leona! No querias mujeres elegantes? Pues ya verás.)

HIP. Cesárea... Cesárea... Yo me opongo á que... entiendes? Yo me opongo...

CES. Eh! Déjame en paz! Habrá moscon!

HIP. (Me llama moscon!)

CES. Estas malditas modistas se empeñan en hacerlo todo á su capricho... Gracias á Dios! Ya está! Qué tal! No tengo chic? (*se pone el sombrero ladeado y hace sonar el látigo.*)

HIP. Chic? Que es eso de *chic*?—Esta no es mi mujer; me la han cambiado en el guardaropa!—Conque basta de farsas. Quieres soltar eso? (*le arranca el látigo.*)

CES. Déjame mi fusta.

HIP. Quieres quitarte ese sombrero en seguida?

CES. (*lanzando un grito terrible.*) Oh! Levanta la mano contra mí! (*gritando.*) Mamá! Mamá!

HIP. Ahora llama á su madre! Cesárea, tu estás en mi poder, y has jurado obedecerme.

CES. Yo? Jamás!

HIP. Cómo! Jamás? El cura que nos casó te dijo: La mujer debe obedecer á su marido.

CES. Es verdad.

HIP. Lo vés?

CES. Pero yo no le respondí palabra; no dije que estaba conforme. La mujer debe obediencia á su marido! Es posible que otras se hayan comprometido á ello; en cuanto á mí, yo no ofrecí nada.

HIP. Tú debes obediencia...

CES. Debo, debo!.. Pues si debo, no pagaré, y se acabó.

HIP. Cómo se entiende! Oiga usted, señora; sepa usted que ahora mismo voy á hacer pedazos esa amazona.

CES. Hacer pedazos mi vestido de montar? Tú?

HIP. Yo, yo.

CES. Inténtalo, y verás.

HIP. Dónde tiene usted su caballo?

CES. Está de pupilo en casa de Labourdette.

HIP. Pues voy en seguida á sacarlo de ese colegio.

CES. Tú?

HIP. Yo.

CES. Has acabado?

HIP. Señora!..

CES. Mira el efecto que me hacen tus sermones! (*levantando los hombros.*)

HIP. No quiero que me arruine usted... En primer lugar, no tengo dinero.

CES. No tienes dinero?

HIP. Ni un cuarto.

CES. Tienes veinte mil reales de renta.

HIP. Y crees que con eso se puede ir muy lejos?

CES. Yo no trato de ir á Cochinchina, sino á la Fuente Castellana. Además, no eres propietario?

HIP. Sí, de una casa en Chamberí... y Chamberí no es Madrid.

CES. Al contrario, Chamberí es ya Madrid, segun una Real órden de no sé cuantos. Por último, y tú sueldo de empleado?

HIP. Gran cosa! Doce mil reales!

CES. Y dice que no tiene dinero! Hipólito, eres un potentado.

HIP. Pues bien, téngalo ó no lo tenga, señora mia, usted no lo tendrá.

CES. Ah! Con que me lo niegas á mí? (Ahora en escena la mujer celosa.) (*alto.*) Conque se lo niegas á tu esposa legítima? Será sin duda para dárselo á otra.

HIP. A otra?

CES. Hipólito, tú tienes una querida!

HIP. Déjame en paz!

CES. Qué infamia! Dios mio! El miserable tiene una querida! Una querida! Yo bien lo sospechaba! Una voz secreta me decia que me engañabas.

HIP. Tú estás loca.

CES. Anoche saliste de casa á las ocho, y volviste á las doce. En dónde estuviste?

HIP. Fuí al café.

CES. Al café? Eso se dice muy fácilmente! Al café! Estoy segura de que fuiste á otra parte. Los hombres son unos mónstruos!

HIP. Repito que pasé la noche en el Suizo, jugando al dominó con mi amigo Bernardo.

720273

Ces. (*mirándole fijamente á los ojos.*) A ver tu bolsillo.

Hip. Mi bolsillo? (*sacándolo.*) Aquí está.

Ces. (*examinándolo.*) Habia en él 130 reales... y quedan 120. En qué has gastado los otros diez?

Hip. Los otros diez?

Ces. Responde, responde.

Hip. Me los ganó Bernardo.

Ces. Conque perdiste? Conque es usted jugador? A cuánto jugábais la partida?

Hip. A peseta.

Ces. Y los otros dos reales que faltan?

Hip. Los otros dos reales? Le dí cuatro cuartos al mozo.

Ces. Cuatro cuartos al mozo! Que derroche! Das cuatro cuartos al mozo... y me niegas á mí un miserable caballo! Pero todavía no me has dicho en qué invertiste los trece cuartos restantes.

Hip. Es que...

Ces. No te pongas colorado! Libertino, qué hiciste de esos trece cuartos?

Hip. Diantre! No lo sé!

Ces. No lo sabes? (*furiosa.*) Infame! Lo repito: tú tienes una querida.

Hip. Por Dios, Cesárea!

Ces. Marido infiel! Tú me vendes!

Hip. Te juro que...

Ces. Y yo mientras tanto, encerrada, cuidando de la casa!—Y es hermosa esa mujer?

Hip. Si yo no conozco ninguna mujer!

Ces. He aquí el hombre á quien han unido mi suerte! Lo mismito son todos! Cuando se hartan de corretear, ponen los ojos en una niña candorosa, inocente y sencilla, y se dicen:—Bah! Esta chicuela no es fea, tiene una dote regular... con que casémonos con ella.—Y se introducen en el seno de su familia, muy peinaditos y muy compuestos; con todas las apariencias de ser unos santos varones. Ya se vé, aunque una sea una paloma sin hiel, como una no es insensible, cae en el lazo, y se dice:—Este jóven tiene buena figura, y debe ser hombre de bien.—Entonces se dignan casarse con una, y seis meses despues... cambio completo de decoracion... Nos abandonan, nos son infieles; regalan perlas, brillantes y rubies á las mas despreciables cortesanas, y cuando vuelven por la noche á casa, qué nos traen? *La Correspondencia de España*! Hipólito, que has hecho de esos trece cuartos?

Hip. Esto es intolerable. Yo me largo. Abur. (*Toma su sombrero.*)

Ces. (*corriendo y colocándose dramáticamente delante de la puerta.*) No saldrás!

Hip. Cesárea, no abuses de mi paciencia.

Ces. Conque tanto amas á esa mujer?

Hip. Si no hay tal mujer, ni...

Ces. No vayas, no vayas á verla, y te perdono. Mira, de rodillas te lo suplico! (*se arroja á sus piés, asiéndose á los brazos de Hip.*) Devuélvela sus cartas. No es verdad que te ha escrito? Dónde están sus cartas? (*revolviéndole en los bolsillos del paletot.*) Dónde están?

Hip. Basta, basta ya!

Ces. (*sacando una carta del bolsillo de su marido.*) Oh! Aquí hay una!

Hip. Puedes leerla si quieres.

Ces. (*leyendo.*) «Ten la bondad de prestarme tu frac negro.» Y la firma «Telesforo.»

Hip. Lo vés?

Ces. Telesforo!.. Este nombre es inverosímil... Ahora ya no hay quien se llame Telesforo. Ah! Lo adivino! Te escribe bajo ese nombre! Ya me lo imaginaba yo!

Hip. No, no. Telesforo es un compañero de oficina; y bien conoces que no será una mujer, cuando me pide que le preste mi frac.

Ces. Sí, porque querrá disfrazarse de hombre, para acompañarte sin escitar sospechas. Debe ser precavida esa bribona!

Hip. Cesárea, te doy mi palabra de honor... lo oyes? mi palabra de honor.... (Las mujeres celosas son una calamidad!) (*alto.*) En fin, te juro por cuanto hay de mas sagrado que...

Ces. (*Sentándose y rompiendo á llorar.*) Ay! ay! ay! ay! ay! ay!

Hip. Estamos divertidos! Lágrimas ahora!

Ces. (*Llorando siempre.*) Ay! ay! ay!

Hip. Te repito que...

Ces. (*llorando.*) Hu! hu! hu!

Hip. Calla con mil diablos! (*se arroja en un sillon, volviendo la espalda á Cesárea.*)

Ces. (*con voz interrumpida por los sollozos.*) Quién... quién... quién me hubiera... dicho esto... cuando... cuando... me casé contigo!

Hip. (*sin moverse.*) Si tus padres me lo hubiesen prevenido, no habria llegado este caso. Pero me dijeron que eras un ángel de dulzura... (*levantándose.*) Vaya si me han engañado!

Ces. (*levantándose.*) Miserable! Insulta usted á mis padres? Usted no tiene ni pizca de corazon!

Hip. Sigue, hija mia, sigue despotricando. (*se sienta en el sofá.*)

Ces. (*acercándose á él.*) Te fastidias á mi lado? No es esto?

Hip. La verdad es que no me dán ganas de reir; y desafio á que se ria el hombre de mejor humor.

Ces. Ya; tu querrias estar en sus brazos... en los brazos de tu Julia.

Hip. Sí, sí, sí.

Ces. Y lo confiesa!! Y dejaré que una rival usurpe mis derechos? Jamás! (*coge la badila del brasero, y la levanta sobre la cabeza de Hipólito. Este se vuelve y lo vé.*)

Hip. (*lanzando un grito y huyendo.*) Tú llevas el demonio en el cuerpo!

Ces. Cobarde! Tienes miedo á la muerte!

Hip. Sí, lo tengo.

Ces. (*tirando la badila.*) Vive, pues, miserable! Vive para ella... para tu Julia. En cuanto á mí, abandonaré estos sitios, y tornaré al seno de mi familia.

Hip. Harás perfectamente, si hemos de continuar así.

Ces. Me arroja de su lado el pérfido!

Hip. No te arrojo. Quédate si quieres.

Ces. Quedarme! Para guardar la casa como un perro, mientras que el señor mio se divierte fuera de ella! Para limpiar, para arreglar, para... Mira, mira como arreglaré la casa! (*coje un jarron y lo rompe: despues hace lo propio con una figura de china.*)

Hip. Jesus! Estás endiablada, mujer?

Ces. Mira, mira como doy cuerda á los relojes. (*da vueltas rápidas á las agujas, y se oyen romperse los resortes.*)

Hip. Cesárea, por el amor de Dios!

Ces. Querrás que le ponga botones á tus camisas, no es verdad? Pues mira tambien cómo se los pongo. (*Abre el otro armario, saca de él camisas y las tira al alto.*)

Hip. Mis camisas!

Ces. Sí, tus camisas. (*sigue tirándolas.*) Arriba, arriba!

Hip. Cesárea! (*recogiendo las camisas, que pone sobre una silla.*)

Ces. Ay! Que me ahogo! (*con voz fuerte.*) Sabiendo la enfermedad que padezco, se necesita ser muy malvado para atormentarme como lo hace usted!

Hip. Yo te atormento?

Ces. Ay! No sé lo que me dá! Vinagre, un poco de vinagre! Ay! ay! ay! (*Dá gritos y hace contorsiones, dejándose caer sobre el sofá.*)

Hip. (*tomándola en sus brazos y ayudándola á sentarse.*) No nos faltaba mas! Ahora le dá una pataleta! Vamos, cálmate!

Ces. (*como antes.*) Dónde vive tu Julia? Quiero ir á matarla! Ah! vinagre, vinagre!

Hip. (*corriendo á la mesa y cogiendo la vinagrera.*) Toma, aquí tienes la vinagrera! Huele, huele, hija mia! (*se pone á sus pies, y la hace aspirar el vinagre.*)

Ces. (*como si volviese en sí*) Dónde estoy? (*mirando á su marido.*) A mis piés!... él! Qué te he dicho, Hipólito? Yo te he acusado... yo! (*con voz cavernosa.*) Dios mio! Tengo derecho para ello?

Hip. Cómo! Qué dices?

Ces. Nada... nada. Tú me has engañado...

Hip. No, no.

Ces. Tú me has engañado, lo sé... Me lo has confesado tú mismo, porque siquiera tienes el mérito de la franqueza.

Hip. Si no he confesado nada!

Ces. Sí, hace un momento... Esa mujer que se hace llamar Telesforo... Me has engañado... y era justo para que yo fuese castigada.

Hip. (*inquieto.*) Castigada de qué? Castigada de qué? (*se pone en pié.*)

Ces. No me lo preguntes. Mi pasado me pertenece... Tu pasado te pertenece... Nuestro pasado nos pertenece.

Hip. No estoy conforme...

Ces. Cállate. Serás vengado. (*levantándose y tomando el sombrero de su marido.*) Toma tu sombrero, y vete á casa de tu Julia... pero al menos no la hables mal de mí á esa mujer. Al volver aquí lo sentirias, porque tienes buen corazon, Hipólito. Eres una alma generosa... en el fondo.

Hip. (*muy inquieto.*) Un alma generosa!... Segun... Esplícame...

Ces. (*siempre con el sombrero en la mano.*) No te esplicaré una palabra. Abrázame, amigo mio... como se abraza á una hermana. Estoy castigada.... muy castigada.

Hip. Pero castigada de qué, con mil santos?

Ces. (*Dándole el sombrero.*) Á Dios, Hipólito; á Dios... para siempre! (*Quitándole el sombrero.*) Deja que contemple todavía un minuto tus ojos... tu frente, tu nariz. Ya está! (*poniéndole el sombrero.*) Márchate ahora á ver á tu Julia! No temas nada! No ves la sonrisa en mis lábios?

Hip. (No hay duda! Abriga proyectos siniestros!)

Ces. Á Dios, esposo mio... Á Dios, hermano.

Hip. (No me muevo de aquí.)

Ces. Á Dios!... Á Dios! (*vase saludándole lentamente, como si fuese presa de un delirio.*)

ESCENA V.

Hipólito *solo.—Tiene en una mano el sombrero, y en la otra la vinagrera.*

Estas escenas me matarán. Uf! (*deja el sombrero sobre una silla, y despues de haberse llevado á las narices la vinagrera, la pone sobre la mesa.*) Ahora tengo pulsaciones... ahora tengo demasiadas. (*gran ruido dentro.*) Qué estrépito! Qué hará pedazos en la cocina? Y queria que me marchase! Qué sospecha! Yo lo sabré todo! (*coje su sombrero, y se entra por la izquierda.*)

ESCENA VI.

Hipólito, *oculto;* Cesárea.

(Cesárea sale por la derecha: se ha quitado la amazona y el sombrero. Sus cabellos despeinados flotan en el mayor desorden. Sus ojos tienen una espresion estraviada.—Saca en la mano una pequeña hornilla portátil.)

Ces. (Número 4.º: mujer apasionada y desenvuelta.) (*mirando hácia la puerta, detrás de la cual está Hip.*) Es forzoso acabar de una vez... Es forzoso poner fin á esta horrible existencia. (*deja la hornilla en el suelo.*) Dónde estará el fuelle? Ah! Allí le veo. (*lo toma.*) Dios mio, dadme valor! (*se sienta en una banqueta y empieza á soplar precipitadamente.*)

Hip. (*saliendo apresurado.*) Cesárea!

Ces. Él! (*soplando siempre.*) Te habia dicho que volvieses dentro de dos horas. Quiero morir... porque amo á otro hombre.

Hip. Tú? (*Atónito.*)

Ces. (*soplando muy de prisa.*) Así, bien conoces que debo morir. (*cambiando de tono.*) Este carbon no quiere arder. Qué ladrones son los carboneros!

Hip. Amas á otro?

Ces. (*bajando la cabeza.*) Sí: mátame, mátame.

Hip. Desventurada! (*Coje la hornilla y el fuelle y los pone en un rincon.*)

Ces. Sí, le amaba antes de nuestro matrimonio.

Hip. Y por qué no me lo confesaste?

Ces. No caí en ello. Cuando una se casa, tiene tantas cosas en que pensar!

Hip. Pues me parece que esa era la primera que debias haber pensado.—Y cómo se llama?

Ces. (*levantándose.*) Se llama Alfredo. (*con orgullo.*)

Hip. (*Con voz terrible, y haciendo un gesto amenazador.*) Alfredo!

Ces. (*Cayendo de rodillas.*) Mátame si quieres; pero perdónale á él!

Hip. Señora, usted va á decirme...

Ces. Por qué le amo? No lo sé. El amor no tiene mas esplicacion que el amor mismo. Yo solo contaba quince años... Alfredo es rubio... Le conocí, le amé, y... Qué me importa lo demás?

Hip. Pero eso es un abuso de confianza!

Ces. Qué me importan las preocupaciones del mundo, la tiranía de un padre, la cólera de un esposo? Qué me importa á mí el universo entero?

Hip. Cuál es la profesion de ese miserable?

Ces. (*Con el orgullo del amor.*) Maestro de escuela!

Hip. Qué oprobio! Un dómine!

Ces. Un hombre eminente, que casi sabe el latin! Y me pregunta por qué le amo!!! (*cruzando el teatro.*) Pero está ausente: se ha ido á América á ver si hace fortuna. Yo me he casado con otro, y quizás en este instante, perdido en el desierto, abrasado por la sed, espira al pié de una palmera, ó entre las uñas de alguna bestia feroz.

Hip. Lo celebraré mucho.

Ces. Mi puesto es á su lado. Allí le veo que me tiende los brazos, que me llama... Quiero partir. Mas necesito dinero... Cómo lo tendré yo? Ah! Mis joyas! (*saca un cofrecillo del armario.*)

Hip. (*corriendo á detenerla.*) No lo permitiré; esas joyas son mias, te las he dado yo.

Ces. Estúpido! Si me las has dado, no son tuyas. Y además, por ventura raciocina la pasion? Ya tengo oro...Soy libre... Corramos. (*se dirige á la puerta del fondo.*)

Hip. (*cogiéndola por un brazo.*) Yo sabré obligarte á que te quedes.

Ces. Pues bien, me envenenaré y escribiré á los jueces que tú, tú eres quien me ha asesinado.

Hip. (*inmóvil y con la boca abierta.*) Yo?

Ces. Ya lo ves, soy capaz de todo: de los mayores crímenes, de los mas espantosos delitos. Mi alma es un volcan, que en este momento está en erupcion. Déjame, déjame partir, hombre vulgar, ó te arrepentirás. Alfredo, Alfredo mio!!.. Espérame! Corro á buscarte... Tengo oro... mucho oro. Allá voy, allá voy, allá voy! (*vase sacudiendo su cabellera, y levantando en alto el cofrecillo.*)

ESCENA VII.

Hipólito *solo.*

De todo esto tiene la culpa mi amigo Bernardo! Si él no hubiese dicho que esta mujer era una paloma... Y es un toro, un verdadero toro!!... Es decir, el toro puede ser que... Vamos, examinemos friamente mi situacion. Por un lado Cesárea quiere ir á reunirse con Alfredo, cuya profesion consiste en enseñar á los chicos el quis vel qui. Por otro, si contrario sus proyectos, hace una barrabasada, me acusa; y no me queda otro remedio que saltarme la tapa de los sesos. Pensemos sin embargo si... No, no me queda otro remedio. Pícaro Bernardo! Haberme engañado así! (*va al armario y saca una caja de pistolas.*) Mis pistolas! Yo las consideraba hasta ahora como un adorno, como una precaucion contra los ladrones... Quién me habia de decir qué...? Las cargaré con dos balas, para que si la primera falla, me quede la esperanza de la segunda. (*enterneciéndose.*) Morir tan jóven... como *La Traviata*! Y sin haber pecado tanto como ella! Y yo era feliz, si señor, que era feliz; y no obstante, me quejaba de mí suerte. Lo tengo bien merecido por ingrato y por majadero: alguien viene... Es mi mujer. (*esconde las pistolas en un rincon, junto al secreter.*)

ESCENA VIII.

Cesarea, Hipólito.

Ces. (*sale vestida como en la escena 2.ª*) Buenos dias; pichoncito mio. Es muy tarde... Tienes apetito? Quieres comer?

Hip. (*estupefacto.*) Qué dice?

Ces. Mira, como he dado licencia á la muchacha para que pase el dia en el Pardo, Hipólito mio, comeremos hoy en la fonda.

Hip. En la fonda?

Ces. Temes no tener bastante dinero en el bolsillo? Pues bien, sácalo de tu gaveta; si no encuentras la llave, yo te prestaré la mia.

Hip. La tuya?

Ces. Si, mandé hacer una... llavecita, para abrir tu gaveta.

Hip. Aaah! (*Cesárea abre la gaveta y saca el manuscrito.*) (El diario de mi vida.)

Ces. Llévame á comer á donde gustes. Bien sabes que soy una pobre mujer muy boba, muy simplona, muy vulgar y muy prosáica.

Hip. (*comprendiendo.*) Aaah!

Ces. Gracias á Dios, no tengo nada de sentimental como Malvina, que es una novela en accion; pero si tú quieres trataré de serlo. Tampoco soy una elegante, como Carolina; pero si te empeñas...

Hip. (*con viveza.*) No!

Ces. Tampoco necesito ser celosa, como Adela, porque creo que me amas. En cuanto á ser apasionada, como Elisa, la verdad, lo juzgo inútil. Con todo, si tú lo deseas, probaré, y con un poco de buena voluntad...

Hip. No, no, no. Quiero que seas lo que eres.

Ces. Dime, Hipólito, no estas ya harto de comidas fuertes?

Hip. Oh! Sí!

Ces. Pues entonces, conténtate con el pucherito diario.

Hip. Y es tan rico el pucherito! (*abrazándola.*)

Ces. Qué haces?

Hip. Nada, voy á la cocina. Sí, estaba loco! (*Arrojándose á sus piés.*) Mira, castígame, manda, ordena.

Ces. Pues ordeno que me lleves á comer al Cisne, por estraordinario, y despues al teatro del Príncipe á ver á la Matilde Diez que representa una comedia nueva.

Hip. Eres un ángel!

Ces. Ya lo sé. Pero hemos dejado apagar el brasero... Espera: voy á volverlo á encender. (*enciende un fósforo, prende fuego al diario de Hipólito, y lo echa al brasero.*)

Hip. Cesárea mia, me parece que nunca podrás olvidar...

Ces. (*señalando al manuscrito.*) Mira, mira como arde!

Hip. Mira, mira como palpita mi corazon! (*Llevando á él una de las manos de su mujer.*)

FIN.

PINTO: 1865.—Imp. de *G. Alhambra*, calle de las Monjas, núm. 8.